

ZULEYMA ARAUZ

El Salvador

Defensora de Derechos Humanos, integrante de la Colectiva Feminista para el desarrollo local



Dentro de La Colectiva soy la psicóloga del Centro de Atención para Mujeres en situación de violencia. También, entre otras, trabajo el fortalecimiento a las organizaciones y grupos de mujeres con la Concertación de Mujeres de Occidente y las redes de defensoras de Occidente.

Conocí el movimiento en el año 2008. Yo no conocía nada de feminismo, me creía conocedora del tema de Derechos Humanos, creía en la igualdad y en la equidad. Me invitaron a ser parte de la organización Ardemusa. No quise ir, porque la idea que yo tenía de las organizaciones de mujeres era que las mujeres se cortaban el cabello y se vestían como puros niños. Entonces, después de un par de invitaciones, accedí.

Llegué a mi primera reunión, en un lugar muy bonito, con la comida bien rica. Me llegaron por el estómago, no puedo mentir. Llegué a mi primera reunión y ahí estaban las compañeras de Ardemusa, una compañera de La Colectiva Feminista que se llama Dilcia Marroquín, y como un par de compañeras nuevas. Empezaron con el tema de la despenalización del aborto, hicimos un debate. Yo “full” católica en aquel momento de mi vida, catequista creo todavía, en contra totalmente. Y dije: “no vuelvo”.

Llegué a mi casa y le dije a mi mamá: “Mamá, puedes creer que estaban hablando de aborto y de una niña de 9 años que se quedó embarazada”. Lo recuerdo tal cual. “Y que



tenía que abortar, cómo vas a creer, que sea lo que dios quiera”. Y mi mamá, que no tenía nada de formación feminista, me escuchó, hizo un silencio, y me dijo: “A mí no me gustaría tener un nieto producto de eso, producto de una violación”. Porque mi mamá vio clara la violación. Para mí fueron impactante estas palabras y pensé en darle una segunda oportunidad a la asociación.

A partir de ese momento, al abrir mi mente, empecé a leer más sobre feminismo, más sobre la penalización del aborto, más sobre violaciones de Derechos Humanos de las mujeres. Aunque me costó un tiempo poder transformar mi pensamiento, llegué al punto en el que dije: “Aquí estoy, estoy bien y no hice mal en quedarme en este espacio”. Fue un proceso, no llegué totalmente convencida.

Eso fue en noviembre del 2008, que empezó todo. Creo que en 2009 tuve mi primera escuela de formación invitada por la Colectiva Feminista, y en 2011 tuve la oportunidad de empezar a trabajar en el Centro de Atención para mujeres en situación de violencia. Ahora tengo poquito más de 8 años de estar en este otro mundo, desde el espacio de la Colectiva, aportando lo que pueda, acompañando a mujeres, y también siendo activa en la organización en la que nací, Ardemusa.

Yo no sabía que era defensora, era muy tímida pero si había injusticias era capaz de ir a pelear, pedir que se hiciera justicia. Hay un cambio muy notable en mí en el camino, cuando fui conociendo sobre las defensoras. Tengo esa sensación de que aunque hacía algunas cosas, no las hacía con la idea clara de que era Defensora de Derechos Humanos. Aunque la Zuleyma de antes podía tener ese valor, no sabía que podía estar acompañada de otras, no tenía una base para poder hablar sobre derechos. Fui aprendiendo maneras más asertivas, conociendo el poder de apoyar a otras.

Me ha tocado acompañar casos emblemáticos lamentables y tristes. Por ejemplo, el caso de Beatriz, que fue conocidísimo a nivel internacional. Se abrió el debate del aborto en el país, fuimos capaces de poner el rostro por una mujer, que al final era poner el rostro por todas, sobre todo las mujeres pobres. Fue para mí un logro personal, porque es también donde logré desentramar mis ideas. Me llevó mucho tiempo, porque traía una construcción cristiana católica.

También estar acompañando a “Las 17 y más” en el proceso por su libertad. No solo en la formación que se da en los Centros Penales, que siempre está orientada a acciones que mejoren la parte económica, cursos de panadería y cosas así, sino también acompañarlas para que conocieran sus derechos, en el autocuidado, a enfrentar el estigma social.

Es interesante cómo el tema de “Las 17 y más” mueve a mujeres que en algún momento estaban en contra del aborto. Es como que van tomando conciencia de que es un problema que nos puede afectar a todas, a todas las que no tenemos dinero y no nos podemos ir para México o para Miami a practicar un aborto. Entonces llegan a tener esa capacidad de empatía porque se ponen en los zapatos de las mujeres que están en prisión. Nosotros trabajamos con mujeres que quizá nunca se hubiera imaginado que



iban a estar defendiendo el aborto y gritando en una calle defendiendo a una mujer en una situación como esta. Creo que también el éxito está en que se les ha llegado a la conciencia. Entonces flota un poquito ahí esas conciencia de que hay algo que está mal para nosotras, para nuestras nietas, nuestras hijas.

Estamos en un país en el que las Defensoras de Derechos Humanos no tenemos realmente respaldos, incluso jurídicos, pero nos animamos a salir y a luchar por otras. Creo que tener la oportunidad de interactuar con las compañeras, de estar en marcha, de hacer activismo a través de las redes sociales, son logros que se han dado por hacer de esto un movimiento colectivo. Ser parte, estar en este crecimiento, en la lucha. La gente no parece saber que detrás de los logros está el trabajo colectivo.

Lamentablemente tenemos muchos grupos anti-derechos que se están encargando de difamar, que se están encargando de hacer que los rostros de las Defensoras no sean vistos como mujeres que defienden Derechos Humanos, sino que sean vistos como mujeres criminales. Compañeras como Bertha María de León, por ejemplo, que ha sido totalmente atacada en redes sociales por la defensa de la Despenalización del aborto. Nos bloquean de algunas páginas, nos insultan, nos escriben para decirnos groserías, llamarnos asesinas, abortistas, locas, etc. Todas estamos expuestas a eso. No es mi caso, pero a veces incluso nuestras propias familias están totalmente en desacuerdo con lo que hacemos: “así es la ley, así tiene que ser, más sufrió tu abuela...”. Esas cosas nos dicen. Los ataques vienen de cualquier lado, te pueden llegar de la familia, te pueden llegar por las redes sociales, por los grupos anti-derechos... A pesar de ello no hemos bajado ni la guardia ni el trabajo.

Es a lo que estamos expuestas. Guardamos nuestras medidas de seguridad, no publicamos dónde estamos, hemos aprendido a hablar por teléfono incluso en claves, hemos aprendido a tener rutas distintas, a tener una persona de confianza la que le digamos donde estamos. Hay que guardar esta precaución, pero también sabemos que es a lo que nos estamos exponiendo. Ser defensora es algo que no es un trabajo, es una manera de vivir. Que me digan bruja, feminazi, o cosas peores. Ya no concibo mi vida no siendo defensora o no siendo feminista, ya es parte de mí.

En algún momento de nuestra vida conocimos sobre autocuidado, antes creo que no nos cuidábamos igual. Yo creo que antes nos quemábamos más. Ser la defensora más entregada, la que más se enfermaba, pero seguía trabajando, como la campeona... En algún momento hacemos esta reflexión y nos damos cuenta que nos está afectando la salud, las relaciones familiares, de pareja, de amistad, las laborales, y decidimos hacer una pausa. Y empezamos a conocer sobre autocuidado.

Recibimos apoyo de parte de las compañeras de Consorcio Oaxaca. Hicimos un diagnóstico y ahí nos dimos cuenta de que creíamos estar bien, pero no estábamos bien. Estábamos teniendo problemas de salud, problemas emocionales. Estábamos normalizando nuestra situación, nos dimos cuenta de que también era una manera de violentarnos a nosotras mismas. Y a partir de eso empezamos con un enfoque más integral, en el que también manejamos el autocuidado, siempre enfocado en el



feminismo. Empezamos a hacer talleres, a hacer momentos de pausa, a incorporar elementos en nuestros espacios de trabajo que antes no teníamos, a adecuar mejor los espacios, a decir “en este momento no puedo”, a tomar terapia psicológicas, sesiones grupales.

Estos espacios de autocuidado para las defensoras son esenciales, aunque el ritmo de trabajo a veces dificulta. Pero somos más capaces al menos de reconocerlo y de ver que lo necesitamos. Ya son prácticas comunes entre nosotras. Las estamos incorporando en el trabajo con grupos de mujeres. Las mujeres no conocían de autocuidado, conocían de trabajar, de hacer las cosas en sus casas. Cuando empezamos a trabajar el autocuidado, les preguntamos a las mujeres qué hacían para cuidar a los demás y nos decían mil cosas. “¿Y para usted qué hace?” “A veces miro media hora la novela, si acaso”. Algunas no hacían nada. Entonces ellas empezaron también a incorporar el autocuidado en sus vidas, a reconocer el derecho de cuidarse, mimarse, consentirse, checar su salud, decir “no puedo”.

Yo creo que si no estuvieran estos espacios probablemente no habría hecho muchos cambios en mi vida. Estoy en ese proceso, de cuidarme más, pero antes creo que no lo hubiera visto cómo lo miro ahora.

Puede ser utópico, puede ser repetitivo, pero yo sí sueño con un mundo donde a las mujeres se nos respete, un mundo en el que las mujeres seamos capaces de ver que hay más allá de lo que nos dijeron que había. Donde las mujeres no se limiten, que puedan lograr lo que se propongan con sus propios recursos, con sus propios conocimientos. Obviamente sueño con un mundo libre de violencia para las mujeres donde puedas salir por la calle y no pase nada si lleva “shorts” o un vestido corto, si se maquilló o no se maquilló. Quiero un mundo donde la gente no cuestione la igualdad, donde simplemente sea normal que haya equidad. Por eso estamos trabajando y creo que vamos avanzando. Si yo no lo puedo ver, sueño con que las niñas que están detrás sí lo miren.

Entonces creo que va a ser bonito, creo que todo se puede alcanzar. Si nos juntáramos todas las que pensamos así, se darían cuenta que somos demasiadas. No saben que todas nosotras estamos sembrando y que son sueños alcanzables. Me imagino ese mundo en el que las defensoras ya no tengan que andar defendiendo nada, que sea normal cuidar la naturaleza, que sea lógico decir “esta mujer necesita o quiere interrumpir un embarazo”. Yo creo que no es inalcanzable, creo que es posible.

